

Viesca: nostalgia y futuro

Gerardo Necoechea Gracia*

Hilda Georgina Hernández Alvarado, Josafat Vázquez Zepeda y Estefanía Hernández Marrufo, *Viesca: identidad e historia*, Saltillo, Gobierno del Estado de Coahuila-Secretaría de Cultura de Coahuila / Universidad Autónoma de Coahuila-Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-Departamento de Investigación e Intervención Socioambiental, 2016, 208 pp.

Uno puede aproximarse a esta obra de distintas maneras. Mi primera impresión fue que tenía en las manos un producto cultural y no meramente el contenedor de un texto. Creo que *Viesca: identidad e historia* nos invita a no seguir el camino usual y empezar directamente con la lectura, porque en realidad se trata de un objeto que se antoja sostenerlo con las manos, sopesarlo, admirarlo. Recorrí las hojas una tras otra, acariciándolas al pasarlas, deteniendo la vista y deslizándola por el detalle de la fotografía, la información del pie de foto, y luego, abriendo la lente nuevamente, para captar el conjunto, la composición, los contrastes y la textura.

* Dirección de Estudios Históricos, inah.

Hay que felicitar a los autores por el trabajo de búsqueda y de selección de imágenes. Hay que felicitar también a quien diseñó y a quien cuidó la edición. Entre todos lograron un hermoso libro que produce un placer estético.

Las fotografías son necesarias para quien no conoce el lugar. Lo son también para los lugareños, porque pican su memoria, evocan reminiscencias, desatan relatos. Gran cantidad de las tomas son antiguas y provienen de colecciones particulares o del acervo formado en el Archivo de la Memoria. Las imágenes no sólo ilustran, también comunican un sentido del texto. Contrasta el color con el blanco y negro, y las fotos en blanco y negro exhiben la pátina del tiempo. El repetido contraste despierta en el lector una sensación que va adquiriendo definición mientras se adentra en las páginas del libro; es la sensación del tiempo que pasa, de la profundidad temporal que ahí se anida, y en la que el pasado tiene el aura romántica del blanco y negro, en tanto el presente estalla en colores.

El discurso de las imágenes cuenta con un subtexto. A través de las fotografías de otros tiempos vemos escenarios en los que la gente trabaja o pasea o posa; la intención del fotógrafo era mostrar a esas personas en los espacios donde trans-

curría su vida. Las fotografías del presente enseñan los mismos lugares transformados, en ruinas con frecuencia, y sin gente; esas fotos fueron pensadas para el libro, con la intención de destacar los cambios o los estilos y encantos de los escenarios. No es la intención de los autores, no lo creo, pero la primera impresión, de la que no hay que fiarse, es la de un pueblo que cayó en desuso y quedó abandonado. Las imágenes crean así un marco, para la lectura del texto, en el que destaca la contraposición entre el antes y el ahora; crean también un enigma que el lector buscará resolver con la lectura: ¿qué sucedió al pueblo y a la gente de Viesca?

Mi segunda entrada al libro fue por la lectura, pero no la inicié en el primer capítulo, para después seguir en orden. Empecé, de hecho, con el último (aunque debo advertir que existe un epílogo, y ese sí lo leí al final), el cual nos presenta a las personas del ayer y del hoy. Aquí es claro el contraste que señalé antes: las fotos del ayer son en blanco y negro, y las del hoy son a color.

Las imágenes viejas captan a las personas en algún lugar, asociadas con otras o desarrollando una actividad. Cuatro de ellas llamaron mi atención en particular. La primera carece de fecha y muestra a cuatro jóvenes bebiendo

cerveza, relajados (p. 169). Es una toma posada, de estudio: cada uno sostiene una cerveza en la mano y tres blanden en la otra un arma; se observan botellas tiradas en el piso. Simulan, como dice el pie de foto, un ambiente revolucionario, o también, puede ser, representan con ironía el cliché de la violencia cantinera. En una imagen a contrapunto aparecen ligeramente, fuera de foco tres hombres y dos mujeres jóvenes, cada uno al lado de una bicicleta como si se hubieran detenido para la foto justo antes de montar para luego desaparecer por el camino de terracería; es una foto de la década de 1950. Las últimas dos son retratos individuales captados en la década de 1960: una muestra a Tobías Esperidión Guzmán Salazar de 75 años, y la otra a una muy joven Conchita Guzmán. Los escenarios son distintos pero ambos despliegan una actitud similar, como de poseer el mundo.

Las fotos del hoy, a color, son retratos tomados de cerca, en los que se adivina a veces un entorno y una actividad. Van acompañados de una viñeta biográfica —y no sólo la identificación por el nombre—, como en el caso de las fotos viejas. El hombre o la mujer mira de frente, nos sonríe y nos invita a estar ahí. El encuadre, la textura, la calidez del color crean una relación entre el observador y el retratado, una cierta complicidad incluso. El contraste que provocan estas imágenes crea otro marco de comprensión para el libro y la historia. A los personajes del ayer los observamos a distancia, congelados por la cámara en un instante de sus vidas. A los personajes del hoy los cono-

ceamos, los tenemos cerca, son ellos quienes nos platican y nos atrapan en el mundo de Viesca. El libro es en realidad sobre estos últimos.

La tercera entrada al libro fue provocada por la inescapable evidencia de que, de alguna manera, el agua era clave en esta historia. Muchas de las fotografías en blanco y negro capturan a personas junto o dentro del agua; una de ellas, a color, muestra un paisaje con escasa vegetación y un suelo arenoso y pedregoso, con esas caprichosas formas que adopta el lecho por donde antes corrió agua. El pie de foto informa que se trata de una imagen de 2016, del sitio donde se encontraba el manantial Juan Guerra. Los testimonios son igual de contundentes. Un hombre de 63 años, entrevistado en 2012, explicó: “Existieron muchos manantiales en esta región, muchos manantiales que se extinguieron ya definitivamente. El de Juan Guerra se extinguió en 1954...”. Una mujer centenaria, entrevistada en 2014, expresó el sentimiento que acompañó la sequía: “Se acabó todo, se acabaron las labores, porque las labores eran por la abundancia de agua y así es que se acabó todo eso”.

Las edades de los entrevistados oscilan entre los cincuenta y los ochenta y cinco años, aunque los hay más jóvenes y más viejos. En su mayor parte es la generación que nació hacia la medianía del siglo xx. Esos hombres y mujeres, por tanto, vivieron el cambio suscitado por el fin de los manantiales, o nacieron poco después. Fue un suceso de tal magnitud que marcó la memoria de al menos dos generaciones, abarcando la experiencia de quie-

nes nacieron entre las décadas de 1930 y 1960. Su conciencia del pasado está moldeada por el antes y el ahora, y evidentemente así cuentan sus recuerdos de sí y de Viesca.

Podemos seguir, entonces, diversos recorridos por la historia y encontrarnos con ese antes y ahora. Los huertos, las acequias, el balneario: importantes porque contribuían al sustento y al solaz. Las actividades productivas, es decir, los molinos, las salinas, la guayulera y otras —no todas debieron su declinación a la falta de agua pero de igual manera el recuerdo las sitúa en el antes— cuando existían y hacían viable un modo de vida, y el hoy cuando ya desaparecieron.

La vida ritual, en cambio, tiene otro tiempo y ritmo. Hay celebraciones cuyo origen se desconoce, pero que año con año se organizan; otras pueden situarse más en el tiempo. Como quiera que sea, la dimensión espiritual y las prácticas a que dan origen no fragmentan, sino que, por el contrario, entrelazan el pasado y el presente. La Danza de los Caballitos, nos dice un hombre de 59 años, ha sido practicada por muchas generaciones y “sigue vigente esa danza, muchos hemos pasado por ahí, yo fui danzante de esa Danza de Caballitos, ¿verdad?, y ahora los nietos ahí siguen, la tradición no se deja, no se deja morir”.

Probablemente la vida del espíritu es responsable por la resiliencia exhibida por los residentes de Viesca, que incluso los llevó a crear el “día del ausente” para reconocer a los que han emigrado e invitarlos a convivir durante un día de fiesta. Así, la memoria del pueblo va conformándose a través del es-

tablecimiento de un diálogo entre dos encuadres: uno que rompe el tiempo en dos y otro que estira una línea temporal ininterrumpida.

Una entrada adicional a la lectura del libro surgió a raíz de mis preocupaciones: ¿cómo localidades pequeñas inscriben su historia en la gran narración de la historia nacional?, y ¿cómo recurren a una selección que configura su propia tradición? *Viesca: identidad e historia* presenta claros ejemplos de ello. Nos informa, por ejemplo, que tanto Miguel Hidalgo como Benito Juárez no sólo pasaron por Viesca sino que pernoctaron en el pueblo. El hecho es conmemorado en placas colocadas en cada una de las casas donde nuestros próceres recostaron su ilustre cuerpo. La historia que así cuentan los viescuenses escoge rememorar a estos personajes para que así se incluya en la historia nacional. Sin duda, muchas familias son las que recuerdan cuando un visitante pasó la noche en su casa por una u otra razón. Para algunas de ellas, incluso, los forasteros que llegaron y pernoctaron en Viesca, y luego la convirtieron en su lugar de residencia, es la historia de su familia, como fue el caso de los que emigraron a Viesca e hicieron su primera residencia en el llamado rancho de las Colonias Unidas de Santiago. Así, la memoria familiar, sin desentenderse de la gran historia, conmemora a otros durmientes.

En ese sentido, digamos que existe una primera selección la cual conforma lo que el antropólogo Robert Redfield llamó “gran tradición”, y una segunda que conforma la “pequeña tradición”. Tanto la historia como la memoria

son selectivas, y aunque eligen con propósitos distintos, en ocasiones el recuerdo y la historia se entretienen. La pequeña tradición forjada en las figuras de Hidalgo y Juárez hacia la gran tradición, y así forma parte de la épica nacional.

La referencia a la Revolución de 1910 es notoriamente distinta. La tradición local recuerda el levantamiento de 1908, en respuesta al llamado a la rebelión lanzado por los hermanos Flores Magón y el Partido Liberal Mexicano. Uno espera, debido a que se trata de Coahuila, alguna referencia a Madero o a Carranza; en todo caso, por tratarse del norte, a Villa. Insertarse a la historia nacional a través de la Revolución mexicana y los Flores Magón toma al lector por sorpresa, es inusual. Ello, además, llamó mi atención porque, debido a lo que he investigado en años recientes, tengo la impresión de que los hermanos Flores Magón constituyen un elemento importante en la tradición de la oposición política de principios del siglo xx en el norte de México, a diferencia de lo que ocurre en el centro y sur del país.

Esa tradición probablemente fue transmitida a la generación de sus nietos, nacidos en las décadas de 1940 y de 1950, por quienes participaron en 1908. Son los abuelos los que platican a sus descendientes los hechos del pasado y de esa manera la tradición oral pasa de una generación a otra. Hombres y mujeres que nacieron en décadas posteriores recibieron, probablemente, un muy disminuido caudal de esos recuerdos, o quizá sólo silencio, en la medida en que la emigración rompe las cadenas de transmisión de los recuerdos y de la cultura local.

Y ésta es una importante razón para celebrar que un grupo de profesores y estudiantes de la Universidad Autónoma de Coahuila se hayan impuesto la tarea de convocar a los residentes de Viesca para que sacaran a la luz sus recuerdos, que éstos hayan sido grabados y que se haya constituido un archivo para conservar esas historias orales. Su labor paciente y tozuda creó un recurso que es importante por muchas razones, pero subrayo aquí una en especial: suple el eslabón perdido y restaura la cadena necesaria para transmitir la memoria a otras generaciones.

Termino describiendo la impresión que me causaron las últimas fotografías que acompañan al texto. En ellas vemos lo que me parece la misma puerta en dos momentos, que producen un efecto de un antes y un después. Y el cuadro del después, así como la puerta y la fachada que ya fueron remozadas, nos remiten a la imagen con que inicia el primer capítulo: los arcos que dan la bienvenida y el muro que informa que Viesca es un Pueblo Mágico. Las dos tomas de la puerta, de conformidad con el estilo de las fotos a color, están despobladas. Pero al buen entendedor le bastan imágenes minimalistas: por supuesto alguien llevó a cabo el trabajo y lo hizo con un propósito. La labor que subyace implica una apuesta y, por lo mismo, una visión de futuro. Es grato encontrar esta visión de futuro, que anuncia optimismo en un momento en que contemplamos con pesimismo el desastre del presente, y que la tendencia es volver la mirada nostálgica hacia el pasado.